

HISTORIA DE LOS RIOS (*)

Por MANUEL GORDILLO OSUNA
(Catedrático del Instituto Nacional de Ceuta)

ABARCAR en los escasos minutos de una lección inaugural, incrustada entre los diversos actos de una apertura de curso, tema tan vario, amplio y ambicioso, es empresa imposible, a la que renuncio de antemano; tratarlo con un excesivo rigor científico, después de la detallada y minuciosa Memoria que todo buen Secretario suele despachar, con sus interminables relaciones estadísticas y numéricas, sería colmar la paciencia de los oyentes e introducirles con mal pie en sus inmediatas tareas académicas. Vayan, pues, por delante, estas consideraciones, que justifiquen mi disertación, más que marcha continua, un caminar a salto como antídoto a la monotonía.

LAS AGUAS CONTINENTALES

Sobre la superficie de la Tierra discurren las aguas continentales. Forman uno de los elementos más importantes del paisaje natural. Como las venas en el cuerpo humano, ejercen una función de drenaje y beneficio. Bien es verdad que pertenecen al mundo físico, que son uno de los elementos primordiales de la superficie de nuestro planeta, pero su función es, sin duda, de las más importantes de ese complejo mundo físico, por la naturaleza en sí de su vida, de su acción, el factor más dinámico, más activo, en contraste con la aparente inmovilidad de una montaña o la perpetua serenidad de una llanura.

Analizar, estudiar como un hecho físico, sin entronque humano, cualquier aspecto de nuestro planeta, es para mí salirse del campo geográfico. Hay geografía, cuando hay interdependencia entre el mundo físico y el humano, relaciones mutuas y consecuencias y leyes derivadas. Considerar estas relaciones entre las aguas corrientes superficiales y la actividad humana es, a no dudarlo, uno de los capítulos más atractivos del vasto campo geográfico.

En el paisaje natural, como en el humanizado, la presencia de un río pone siempre una nota emocional. El fluir de sus aguas deleita nuestra vista, serena nuestros pensamientos y ejerce, sin duda, una notable acción psicológica. Cuando nos desplazamos de un sitio a otro la vista de un río mueve nuestra curiosidad como ningún otro elemento del paisaje, que con frecuencia suele pasar desapercibido. Los paseos cabe la orilla del río aparecen como los más atractivos en las ciudades fluviales.

De todos es conocido que las líneas del relieve y el clima son los factores determinantes de estos cursos de agua. Para que exista un río es preciso no sólo una precipitación nivea o pluvial, sino una más o menos suave inclinación del terreno para que la corriente se produzca. Sus caracteres físicos son iguales para todos dentro de una línea general, un deslizamiento desde una zona elevada del terreno a otra baja, hasta encontrar el mar u otro río principal. Cambian sus elementos de origen: fuentes, lagos, lenguas glaciares, etc., varían sus acciones destructoras y constructivas, su ritmo o régimen, etc., pero todos cumplen su misión de avenamiento, de transporte de aguas, "camino que andan", formando las particularidades las secciones naturales de todo estudio general.

(*) Lección inaugural de curso, pronunciada en el Instituto ceutí de Enseñanza Media.

APORTACION AL DESARROLLO DE LA VIDA HUMANA

El aspecto más interesante de los ríos es su gran aportación al desarrollo de la vida humana. Para mí éste es la verdadera historia de los ríos. Tipología y nomenclatura de sus nacimientos y de sus afluentes nos dan un valor relativo al lado de la consideración enunciada.

En primer lugar, el hombre vive preferentemente en la superficie de la tierra. Su campo de acción, su "habitat" natural, está comprendido entre muy pocos metros bajo la superficie y la altura de los más elevados rascacielos, mientras no sea permanente su presencia a miles de kilómetros sobre la atmósfera, a que parece llevarle el ritmo actual de los progresos espaciales. Dentro de esta superficie ha buscado con preferencia las llanuras a las montañas, las zonas de más fácil cultivo y propicias a las comunicaciones. Pues bien, la mayor parte de ellas se deben a la acción creadora de los ríos. Queda indicado que son los elementos más activos del paisaje, los escultores, diseñadores, de nuestra superficie. Han serrado las montañas y han transportado sus materiales a las depresiones, creando las llanuras; han laborado extensas planicies, y trabajando sin descanso para abatir las formas elevadas del relieve y transformas en llanos y penillanuras todos los terrenos, aspiran a una uniformidad que sólo los imperceptibles, pero constantes cambios del nivel de base les impide alcanzar, pues ellos mismos contribuyen a la ruptura del principio de isostasia, que regula el mecanismo de las grandes masas continentales, apareciendo como gigantescos trabajadores forzados a perpetuidad, que tan pronto como parecen haber conseguido sus propósitos, nuevas estructuras terrestres se ofrecen a su labor, a juzgar por el proceso geológico de las edades precedentes.

EL NOMADISMO

El hombre, ser superior sobre esta superficie terrestre, se ha deslizado por la misma durante miles de años en un estadio de nomadismo. Cada vez son más precisos los métodos científicos aplicados a los restos humanos y al proceso geológico para averiguar la edad del hombre y la de la Tierra. La cronología últimamente admitida da para la humanidad una antigüedad de quinientos mil años. Y si con el método del carbono radiactivo no se puede pasar de los veinticinco mil años, con las pruebas de la fluorina y el estudio del complejo fluvio-glaciar limoso varvado se puede alcanzar tan remota fecha. Si el hombre de Altamira, contemporáneo de la última glaciación, pudo vivir entre los veinte mil y los quince mil años, según se desprende de los depósitos de varvas, y su cultura, comprendida en las facies del Paleolítico Superior, es de suyo incipiente y rudimentaria, imaginemos cuál debía ser la vida de aquellos hombres que se arrastran penosamente desde tan lejanos tiempos hasta la medianísima cultura cantábrica. Y, por otro lado, sometidos a los cambios climáticos de un cuaternario, bastante bien estudiado, que, pese a su lentitud, desarrollados con calma, pero con continuidad, sin notoriedad aparente durante un largo período de la historia humana, son evidentes a la larga por su profunda influencia sobre una humanidad tan sometida al medio. Largas hecatombes debieron producirse al empobrecerse lentamente los medios de subsistencia. El nomadismo no es sólo una forma de vida, sino una imperiosa necesidad de pervivir. Y en aquellos desplazamientos, en los que el instinto fue guía principal de la humanidad primitiva, fueron las vías de peregrinación los únicos caminos naturales que se ofrecían a su marcha: los ríos y los valles fluviales. Y fueron, también, las zonas de asentamientos temporales de ranchos y poblados, mientras la caza y la recolección se mostraba propicia. Los meandros pronunciados dejaban en su orilla cóncava una excelente zona de habitabilidad y materia prima, en los cantos rodados para sus armas y en las terrazas, creadas por anteriores niveles, praderas o bosquecillos que invitaban al establecimiento. Yacimientos encontrados en las orillas

del Manzanares atestiguan para nuestra Patria estos acertos y nos hablan de una primitiva cultura del Paleolítico Inferior desarrollada durante la última interglaciación, cuya cronología corresponde a los años que median entre los 200.000 y 250.000. El río, que es hospitalario de estos poblados pasajeros, es también destructor de la mayoría de sus restos, por sus variaciones de cauce.

No debe pensarse que la mayoría de los movimientos del hombre prehistórico se realizaran en grandes desplazamientos; más bien girarían en pequeños círculos, como los nómadas actuales de las estepas de Asia, moviéndose entre valles fluviales, ascendiendo o descendiendo a tenor de las temporales variaciones climáticas, y a compás de la caza y de los cambios vegetativos. La extensión de algunas formas culturales, como el vaso campaniforme, nos hablan de una vida de relaciones muy digna de ser tenida en cuenta. Posiblemente originaria de los valles del Tajo y Guadalquivir, encontramos sus formas en los del Rhin y Danubio, entre otros lugares europeos.

LA OCUPACION PERMANENTE DE LOS RIOS

La ocupación permanente del suelo no fue un proceso cronológico uniforme para toda la humanidad. En el mismo desempeñan los ríos un papel de singular importancia. Las condiciones climáticas dominantes durante la última glaciación varían profundamente de las actuales. La lenta transformación trajo consigo cambios en la naturaleza física de la superficie, que suponen, igualmente, cambios de las formas de vida. La coincidencia de grandes desiertos cercanos a las zonas donde tuvieron lugar los primeros asentamientos permanentes han atraído la atención de los estudiosos sobre tales regiones. Es indudable que los desiertos de Arabia, Libia y Sáhara fueron lugares de cierta actividad humana durante la última glaciación. Los hallazgos prehistóricos parecen confirmarlo. Un clima muy distinto al actual determinaría una vegetación y una red fluvial hoy desaparecidas. La lenta transformación empujaría a los hombres hacia las zonas de mayores posibilidades de vida: ríos Eufrates, Tigris y Nilo, sin duda antes regiones lacustres o marítimas, que los procesos de colmatación convertirían en líneas fluviales, y donde la vida, pese a las elevadas temperaturas, sería factible gracias al agua, en forma semejante a las tierras del agua y del sol actuales. Estas ocupaciones permanentes en las orillas de estos grandes ríos pueden tener muy bien un doble proceso: bien a través de una etapa seminómada, bien directamente al sedentarismo. La etapa seminómada puede estar caracterizada por prácticas semejantes a las seguidas por los actuales de Indochina o del centro de Africa: el cultivo "rai", que asegura tres o cuatro cosechas, mientras el terreno no se esquilma, y que luego se abandona por otros lugares más propicios. Vida errante que permite la pobreza y facilidad constructiva de las viviendas. Pero es más factible, concretamente en esta zona que tratamos, una ocupación permanente, que lleva pronto al cultivo organizado. Las avenidas periódicas de estos ríos renuevan anualmente el suelo agrícola, y la fijación en el mismo organizó políticamente los grupos humanos. El río, por un lado, y el sedentarismo, como consecuencia de la permanente continuidad de los medios de vida, por otro, son los dos factores básicos creadores de los primeros Estados políticos. E, hilando aún más delgado, propiamente el río; puesto que el sedentarismo se hizo posible por la acción regeneradora del suelo fértil que anualmente desempeñan estos cursos fluviales.

LA APARICION DE LA HISTORIA

La permanencia, la incipiente organización política, la comunidad que establece idénticos modos de vida, la seguridad económica, hechos todos, y aun otros más, derivados de esta nueva faceta de la vida humana, trajo consigo la aparición de la Historia.

No limitemos tal evolución a la zona que cubre los dos extremos de la media luna del Fértil Creciente, sino que bien puede ser extendida a otras regiones de la Tierra

de antigua tradición histórica, como las regiones que bañan el Indo y el Ganges, así como los dos grandes ríos de China. No consideremos, tampoco, que la aparición del sedentarismo ha de estar vinculado a un curso de agua, pero sí que las más viejas culturas, de tipo histórico, tuvieron su nacimiento y su esplendoroso desarrollo en riberas fluviales.

Toda la evolución histórica del antiguo Egipto—¿y por qué no decir del moderno?— está ligada al Nilo. Esa frase que encabeza todo estudio del país: “Egipto es un don del Nilo”, es ya en sí un resumen de su historia. El río influyó en la psicología de sus habitantes, los hizo pacíficos y agricultores, cimentó su economía. Es la base de su división político-histórica: el Alto, el Medio y el Bajo Egipto. Cuando surge la política expansionista bajo sus reyes conquistadores, sólo permanecerán unidas, política y culturalmente, al Egipto tradicional las tierras enlazadas por el vínculo fluvial, las tierras del Sur, mientras que las zonas sobre el Sinaí y las orillas mediterráneas del Oriente quedarán ajenas al cesar la ocupación militar.

Idéntico aspecto en los cursos del Eufrates y del Tigris. La unidad mesopotámica es la unidad fluvial. A los pacíficos y laboriosos caldeos de las regiones bajas se oponen los belicosos asirios, menos sujetos a la economía fluvial, como pobladores del curso de montaña del Tigris.

DIVINIZACION DE LOS RIOS

No es extraño que tales beneficios predispongan a una divinización de estos cursos fluviales, con los matices variantes impuestos por unas más que milenarias ocupaciones. El río Nilo fue adorado como Dios. El dios Hâpi de los antiguos y religiosos habitantes, “el doblemente oculto, el doblemente puro que se levanta en Senem”. Para el pueblo esta gran corriente era un ser todopoderoso, que le concedía el don, constantemente renovado, de la buena tierra negra. La consideración de río sagrado al Ganges continúa en nuestros días. Ingentes multitudes, en las fiestas preceptivas, se bañan en sus aguas, purificadoras de sus pecados. Los exploradores españoles que alcanzaron el Mississipi observaron, igualmente, la divinización de este río.

VIAS COMERCIALES

El papel de vía comercial, ya brevemente esbozado, se acentúa en la época neolítica. La práctica del comercio es tan antigua como la humanidad. En el estrato musteriense de Grimaldi (cerca de Mentone) se ha encontrado una concha marina procedente del océano Indico, muestra de un posible intercambio comercial, que tendría numerosos intermediarios. Durante el Neolítico y el Eneolítico, entre las diversas regiones de Europa se mantiene un activo comercio “hecho despacio y por intermediarios, pero siempre a través de etapas de intercambio fijas, de tribu a tribu” (Obermaier). Variados productos: ámbar de Jutlandia, sal del Saale, obsidiana de Hungría, cobre de Tharsia, etcétera, alcanzan las más alejadas comarcas, a través de las rutas oceánicas o fluviales. La vida comercial de los Balcanes utilizaba el Danubio, Moldavia y Elba; el enlace entre el mar Negro y los Países Bálticos se efectuaba por los cursos del Dniester y del Vístula; del Occidente atlántico al centro de Europa, a través del Sena, Rhin y Ródano; del Mediterráneo, siguiendo la corriente del Adigio y del Eisack, por el Brennero, alcanzando el Inn hasta el Danubio, y de allí por el Saale o el Moldava hasta el Elba, se llegaba al mar del Norte. Corriente mercantil que aumenta a medida que el progreso y el tecnicismo se incrementan, así la obtención del bronce.

LAS GRANDES CIUDADES

Fijó el río las primeras culturas y dio origen, también, a las primeras ciudades. Nos encontramos aquí con uno de los elementos más significativos de la geografía humana. La ciudad, como agrupación de viviendas sobre un punto crucial, de paso, cruce, ofrece múltiples consideraciones en su relación con los cursos de aguas. Sin entrar, ni rozar siquiera, el complejo problema urbano, vienen a nuestra memoria aquellas antiguas y modernas ciudades, en las que el nombre de las mismas y el del río que las baña o cruza hacen "pendant" y aparecen inseparables uno de otra. Menfia y Tebas, sobre el Nilo; Babilonia, sobre el Eufrates; Roma, dominadora del mundo, sobre el Tiber. Y en la Edad Media, decadencia de las urbes, persisten las situadas estratégicamente, como dominadoras de una vasta llanura que el río preside: París y el Sena; Milán, en la vecindad del Po; Londres, sobre el Támesis; Toledo, sobre el Tajo; Córdoba y Sevilla, sobre el Guadalquivir; Lyon, sobre el Ródano. Y las ciudades de la Liga Hanseática: Hamburgo, sobre el Elba; Brema, sobre el Wesser, entre otras. Y en la Edad Moderna, evolucionando a compás de sus ríos: las fluvio-puertos, cabeceras de caminos hacia el interior, como Lisboa, sobre el Tago, centralizadora del comercio con el Oriente portugués; Sevilla, monopolizadora del comercio americano; Londres, capital naciente del inmediato imperio colonial inglés; Nueva York, en el Hudson, de tan modestos principios y tan vertiginoso florecimiento; Buenos Aires, sobre el Plata, receptora y emisora del Chaco y la Pampa; Alejandría, en una rama deltaica del Nilo, que renace con la apertura del canal de Suez, como ave fénix, recabando el prestigio que su fundador le asignara; Amberes, sobre el Escalda, a 88 kilómetros del mar, ha salido de un letargo de tres siglos para ser puerto de entrada a una inmensa corriente de tráfico mercantil de la Europa central; o Rotterdam, sobre el Rhin, puerta de salida de la Alemania renana. Y ya en nuestros días se haría interminable esta relación. Cada una de estas ciudades mencionadas habrían visto su papel histórico alterado y su lugar en la Historia sería bien mediocre sin su fiel acompañante a través de los tiempos.

SIGNO BELICO DE LOS RIOS.

Hasta ahora hemos visto el aspecto amable de los ríos, una parte de su historia pacífica, pero también nos ofrecen su lado sangriento, su signo bélico. La posesión de estos cursos fluviales, de tan crecido valor político y económico en muchos casos, origina pugnas, algunas violentísimas y con una larga tradición histórica. Los rivales son los que separa el río. La oposición surgió primero entre los pobladores de las llanuras bien avenadas y los ocupantes de las montañas marginales y de cabecera. Así, la larga lucha caldeo-asiria y las emigraciones de la montaña sobre el valle, de la estepa árida sobre las llanuras fértiles. Tal los hunos, que hicieron de la ruta danubiana una senda de sangre. Fue, igualmente, la ruta de los magiares. La diversidad racial actual de la cuenca danubiana no tiene otra explicación que esta atracción del río como morada o camino.

Es un elemento en la defensa militar de los pueblos. Los romanos buscaron como limes el Rhin y el Danubio, y sobre sus márgenes occidentales y meridionales asentaron a los pueblos réticos, con su doble misión de explotación del suelo y defensa de las fronteras. El más significativo de los ríos en este papel histórico es, sin duda, el Rhin. Valladar entre germanos y latinos, aún sigue separando ambos mundos, que César limitó con su espada al vencer a Ariovisto. Muchos han sido los intentos de creación de un Estado intermedio que, con el río como vínculo político, separara más ampliamente a ambos pueblos, coronados siempre por el fracaso. Primero Ludovico Pio, cuya herencia se delimita en el Tratado de Verdún del 843, precisándose un Estado tapón entre Germania y las Galias, un vasto corredor de Frisia a Italia, zona de eterno

rozamientos y constantes conflictos entre aquellas dos partes. Pero de la Lotaringia no va a quedar más que la Lorena, supervivencia fonética, de reducido contenido espacial. La muerte sin sucesión de los tres herederos de Lotario vuelve a dar, por el Tratado de Meersen (870) su apenas perdido carácter de frontera al Rhin. Un segundo intento la representa Carlos el Temerario, Gran Duque de Occidente (1467-77). Un episodio interesante, desde el punto de vista francés, de la pugna final del feudalismo. Si la vida del Estado fue efímera, su trascendencia durará mucho tiempo. La herencia borgoñona, por caminos insospechados, pasa a la Corona española. Y toda una barrera de Estados, ribereños o vecinos del Rhin: Sundgau, Alto Rhin, Franco-Condado, Borgoña, Luxemburgo, Brabante, Artois, Flandes, van a marcar una dura lucha entre las dos grandes monarquías occidentales durante más de dos siglos. El prado cuadrado de Richelieu tiene como borde oriental el Rhin. Episodios posteriores que gravitan sobre este río vuelven a darse durante la etapa napoleónica. La guerra franco-prusiana por la paz de Francfort (1871) concede Alsacia y Lorena a Alemania; y la primera guerra mundial, por la de Versalles (1919), devuelve estos territorios a Francia, quien vuelve a perderlos durante la breve ocupación nacionalsocialista del pasado conflicto. Agitado panorama el de este río, sin insistir en la creación de los Estados de la Confederación del Rhin, o en la formación de Bélgica y Holanda, primero unidos, después separados, que hacen de tal corriente el río político por excelencia. Estas consideraciones de barreras defensivas, unas veces permanentes, otras meras cabezas de puente, cuando no momentáneas detenciones de ejércitos en marcha, han llevado a numerosos ríos a ocupar un lugar destacado en la Historia. Así, el Gránico y Alejandro; el Rubicón y César, con su "alea facta est"; el Tesino, el Trebia y el Metauro, episodios destacados de la segunda guerra púnica, etc., entre otros, por no recurrir más que a algunos ejemplos antiguos. En la hora presente aún están de actualidad la rivalidad ruso-americana por la presa de Assuán en el Nilo y los conflictos derivados de los riegos del Jordán, en Israel.

IMPORTANCIA EN LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Proyectados estos valores fluviales sobre España, observamos la gran importancia de los ríos en el proceso general de nuestra Reconquista. Las líneas fluviales marcaron las etapas principales de esta gran empresa cristiana. Las tierras llanas de la zona norte del Duero no pudieron repoblarse y, por consiguiente, afirmarse en ellas la reconquista hasta tanto Alfonso III el Magno no dispuso la fortificación de la línea del río, repoblando algunas ciudades y dotándolas de castillos; el dominio del Tajo responde a la ocupación de su principal plaza, Toledo, el 25 de mayo de 1085, por Alfonso VI. El Ebro actuó, en su parte central, como bisagra de la expansión aragonesa, cuando Alfonso I ocupa Zaragoza, en 1119. Valores parecidos desempeñaron el Mondego y el Tajo en la reconquista portuguesa.

SU PAPEL POLÍTICO DE FRONTERAS

Su papel político de fronteras les ha llevado a ser considerados por algunos tratadistas como elementos naturales de las mismas, aunque sólo su pasado histórico, derivado de su consideración de barreras defensivas permanentes, les puede conceder tal categoría, ya que verdaderamente no constituyen, cuando falta este requisito histórico, tales fronteras naturales. Veamos algunas más o menos amovibles: el Leite separó las dos partes de la antigua monarquía dual austro-húngara, monarquía cisleitana y monarquía transleitana; el Vaal separa los Estados de la Unión Sudafricana, Transvaal y Orange; el Danubio marca la línea fronteriza entre Rumanía y Bulgaria; al Ural se le viene considerando como la frontera Sureste de Europa respecto a Asia; el Grande del Norte desempeña el mismo papel durante un gran trecho de su curso entre los

Estados Unidos y Méjico, a partir del Tratado de Guadalupe-Hidalgo; los pequeños tramos de los ríos ibéricos marcan una parte de la frontera entre los dos grandes países de nuestra península.

Otra faceta en este orden la constituye la proyección de su nombre para designar extensos territorios o nacionalidades, de los cuales forma parte, como factor geográfico destacado: Estados del Plata, Uruguay, Paraguay, Congo, Orange, Alto Volta, Senegal, Nigeria, numerosos departamentos franceses, etc.

En esta línea política determinaron orientaciones expansionistas, que la geopolítica ha querido explicar bajo el nombre de aspiraciones al dominio de la totalidad de la cuenca hidrográfica: Inglaterra y el Nilo; creación del Estado de Irak; unión catalano-aragonesa; pero con muchos fallos: España y Portugal; Egipto y Sudán; fraccionamiento danubiano, que lo convierten en el río más internacional del mundo: Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y Rusia (orilla superior de la rama de Kilia), y, finalmente, el mismo Rhin, ya analizado.

LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS

Un aspecto singular de los ríos en su análisis histórico es cuanto han representado en orden a los grandes descubrimientos geográficos. Se nos ofrece un contraste entre los que podemos llamar ríos humanos y los llamados inhumanos, o mejor antihumanos. No ya en razón de su atracción o repulsión de poblaciones, en sus formas abiertas de penetración, como los estuarios, o en sus formas cerradas a las comunicaciones, como los deltas, por otro lado, y en muchos casos, hormigueros humanos, por sus grandes facilidades de cultivo, sino más bien en cuanto han colaborado o se han opuesto al conocimiento de nuestro globo. Así se da la paradoja de Africa respecto a América. Un continente, el primero, que forma parte del mundo antiguo, que registra en su rincón Noreste la más vieja cultura histórica de la humanidad, no ha podido ser intensamente explorado hasta mediados del siglo XIX, y, pese a encontrarnos en la actualidad con inmejorables medios para este fin, hay aún zonas imperfectamente conocidas; cuando América, con el Atlántico como protección, en el espacio de un siglo fue casi totalmente recorrida y estaba ya nutrida de Estados soberanos cuando aún en Africa apenas se conocían más que las costas.

Ciertamente que las causas que motivaron la desviación de estas corrientes geográfico-descubridoras son muchas, pero sin duda la escasas líneas fluviales de penetración que el continente africano nos ofrece sobre sus macizas y monótonas costas no deben ser incluídas entre las menos importantes. Los abruptos relieves montañosos que los ríos africanos han de salvar cerca de sus zonas de desembocadura y la ausencia de amplias llanuras litorales de génesis fluvial son contrastes acusados con el aspecto hidrológico de América, que sobre su fachada atlántica, la que recibe la llegada de los exploradores, presenta amplias zonas de penetración al interior, llanuras de colmatación con suaves pendientes, donde ríos caudalosos ofrecen la facilidad de sus orillas para remontarlos: Plata, Magdalena, Mississipi, Hudson. Bien es verdad que Africa, en relación con su masa física, es el continente de más pobre hidrografía.

LOS RIOS EN LA CONQUISTA Y EXPLORACION DE AMERICA

La participación de los ríos en la conquista y exploración de América es muy acusada. La gesta de Bogotá, "caja rodeada de asperezas", tuvo una de sus líneas de penetración siguiendo el curso del Magdalena. Sus precedentes están en la concesión que hizo Carlos I de una gobernación a Pedro de Heredia, que alcanzaba desde el río Grande de la Magdalena hasta el río de Darién. Pedro de Heredia fue el primero que exploró el Magdalena; más tarde, Jiménez de Quesada, a las órdenes del gobernador

de Santa Marta, Fernández de Lugo, alcanzó la meseta de Cundinamarca, siguiendo este río (1536), donde llegó a reunirse con Benalcázar, que procedía del Sur, y Nicolás Federmán, que desde Venezuela alcanzaba la misma meseta siguiendo en la última parte de su camino uno de los afluentes del Orinoco. Episodio curioso, valga el inciso, que reunió en un mismo lugar a tres distintas expediciones, cada una de las cuales no tenía noticia de las otras.

Otra línea de penetración que utilizó los cursos de agua fue la que estableció el enlace entre el Plata y el Perú. Hitos de este proceso son una serie de hechos que se inician con Solís, el desgraciado descubridor del amplio estuario del río de la Plata; continúan con Sebastián Cabotto, a quien parece se le debe el bautizo; alcanzan fuerte impulso con el primer Adelantado, don Pedro de Mendoza, primer fundador de Santa María del Buen Aire, en las orillas mismas del estuario, y propulsor de los descubrimientos por el Paraná, que surcan en tres embarcaciones Juan de Ayolas y Martínez de Irala, hasta que con la fundación de Santa Cruz de la Sierra, por el capitán Chaves, se estableció el enlace con las tierras incásicas. Jalones de este proceso fueron las ciudades fundadas en las orillas de estos ríos, que unidos forman la gran arteria del Plata: Asunción, por Diego Salazar; Concepción, sobre el Bermejo y Corrientes, en el Paraguay, por Alonso de Vera; Santa Fe, en 1573, y la definitiva fundación de Buenos Aires, en 1580, por Juan de Garay. La unidad fluvial (Uruguay, Paraguay y Paraná) sentó las bases de la unidad política, primero como Adelantamiento, después Gobernación, por último Virreinato.

El imponente Amazonas ocupa un lugar destacado en las exploraciones y descubrimientos geográficos de la zona más amplia de América del Sur, aunque tales empresas influyeran poco en colonización, por no realizarse establecimientos permanentes. En el espacio de veinte años fue dos veces recorrido por exploradores españoles en el sentido de sus aguas. Primero Orellana, a quien se le debe su denominación, que durante ocho meses (1542) navegó por la mayor parte de su curso. Más tarde por Ursúa y Lope de Aguirre (1560), protagonista de uno de los episodios más singulares y dramáticos que registra la incontable serie de exploraciones españolas, y cuyos detalles no encajan en este momento.

En el conocimiento de todo el valle central de los actuales Estados Unidos de Norteamérica actúa, como factor destacado, el largo curso fluvial, que desde el lago Itasca viene a verter sus aguas en el mar por Nueva Orleans: el Mississipi. La exploración del territorio utilizando el río fue una obra mixta de españoles y franceses. Hernando de Soto alcanzó el Mississipi en mayo de 1541, cruzándolo cerca de la confluencia con el Ohio, y al morir, sirviéndole el río de tumba, su lugarteniente Moscoso, con algunos bergantines penosamente contruidos, descendió por el río hasta el Golfo de Méjico. Desde cerca de la actual Memphis hasta sus fuentes fue empresa francesa. Samuel Champlain estableció una colonia en el estuario del San Lorenzo, y en 1608 fundaba Quebec. Partiendo de este núcleo inicial exploraron los franceses la región de los Grandes Lagos, alcanzando el valle del Ohio y, descendiendo por él, llegan al Mississipi en 1672, continuando su curso hasta el mar en 1682 y fundando la colonia de la Luisiana.

Cuanto antecede en relación con las exploraciones sobre la tierra americana es suficiente para dejar sentado cómo estas redes fluviales, acogedoras vías de penetración, habían hecho posible un enorme conocimiento geográfico en un tiempo reducidísimo.

EN AFRICA

El contraste con Africa, ya enunciado, es evidentísimo. Hasta 1815, el continente negro sólo era conocido en su litoral. La Africa Association, la más antigua de las Sociedades de Geografía, creada en Londres en 1788 con el fin de impulsar el conocimiento del más desconocido de los continentes, trazó un plan basado en la exploración de sus principales ríos. Se creía que el Níger corría hacia el E. y vertía en el

Nilo o en algún lago interior. Hacia 1830 se hallaba resuelto el problema de su curso y de su desembocadura, pero hasta 1895 no se solucionaba el de sus fuentes.

La mayor atracción la ejercía el Nilo. Desde el neolítico sus crecidas periódicas eran un misterio para los hombres de sus orillas. Franceses, alemanes e ingleses organizaron sucesivas exploraciones. Los nombres de Cailliand, Linant de Bellefonds, Speke, Bartón, Grand y Baker están unidos en la resolución del problema de su origen, pero a costa de numerosos viajes, que permitieron el descubrimiento de otros muchos territorios.

La exploración del Zambeze está unida a un nombre: Livingstone, uno de los más concienzudos exploradores africanos, descubridor, también, de las fuentes del Congo, aunque estaba reservado a Stanley, periodista americano enviado en socorro de Livingstone, el recorrer en débiles barcos casi todo el curso de este río, después de sostener treinta y dos combates, en una de las navegaciones fluviales más accidentadas de la historia de los descubrimientos. Digno esfuerzo al resultado conseguido: revelar la existencia de un río, casi tan caudaloso como el Amazonas, y del que apenas se conocía más que su desembocadura.

OTROS ASPECTOS DE LA MORFOLOGIA HISTORICA DE LOS RIOS

Un capítulo de la historia de los ríos, atractivo y dinámico como ellos mismos, que no podemos agotar. Paralela al desarrollo de su historia política, externa y brillante, los ríos han vivido y viven una historia íntima, interna, sometida igualmente a las fluctuaciones del tiempo, que ofrece dos matices, en algunos aspectos unificados: economía y comunicaciones.

El aprovechamiento de su fauna oscila entre los métodos primitivos de vida prehistórica, a las piscifactorías modernas y las leyes proteccionistas. La utilización energética, desde los viejos molinos al ritmo, sin cesar creciente, de los sistemas hidroeléctricos, capítulo singular de una historia económica cuya materia prima son estos cursos de agua que amplían el signo de sus beneficios tradicionales sobre las llanuras regables, a sus cursos de montaña, hasta hace unos años desprovistos de utilidad. Son el fundamento de una política estatal—sistemas de regadíos—que obra impulsada por el grave problema de la superpoblación y aspira a obtener el 7 por 1 sobre los rendimientos de secano, y que se fija como meta la transformación de los grandes desiertos en tierras aprovechables, desviando o canalizando estas corrientes, que se pierden en el mar sin beneficio para nadie.

Impulsaron a la navegación ante la necesidad de cruzarlos. Rudimentarias almadías, troncos ahuecados fueron los primeros medios que soportaron al hombre en sus inicios de navegante. En ellos se realizó el aprendizaje náutico. Sobre sus desembocaduras surgieron los puertos, caminos hacia el mar y hacia el interior; se modernizaron con canales, se nutrieron de astilleros y hasta se transforman en caminos cuando el hielo los cubre.

Terminemos este breve esquema de una historia fluvial que tiene muchos más horizontes que los expuestos, haciendo hincapié en el paralelismo que existe entre aprovechamiento fluvial, cultura y nivel de vida, considerando tan sólo dos puntos: uno, el destino de aquellos ríos que fueron asiento de las grandes civilizaciones antiguas, cuando advino su ocaso; otro, el papel que los Estados modernos dedican, como parte importante de sus programas políticos, a la ordenación fluvial, en orden a la economía agropecuaria, en orden a la navegación y en orden al aprovechamiento industrial. Facetas hoy, actuales; mañana, históricas.

Las relaciones de la sociedades políticas y los cursos de agua han marcado y seguirán marcando un importante aspecto de la morfología histórica, cuya consideración es imprescindible para el estudio del desenvolvimiento humano y para la comprensión de los problemas del Estado actual—problemas económicos—que han pasado a ser el nódulo y centro del devenir histórico.